

INTERNACIONAL



Hemn Khastan y Asrin Mohammadi, en el Kurdistán iraquí. / Z. M.

La represión para eliminar a los críticos se ha acentuado tras las protestas de 2022 por la muerte de Mahsa Amini

De Irán al Kurdistán iraquí en busca de una vía de escape

ZAHIDA MEMBRADO, **Erbil**
Asrin Mohammadi, originaria de Bukán (Kurdistán iraní), aprieta con fuerza el colgante con la foto de su hermano Shariar. Teherán le tenía en el punto de mira porque desde hacía años asistía a las protestas organizadas por la situación económica o los derechos humanos en el Kurdistán. Un día, cuando las manifestaciones por la muerte bajo custodia policial de la joven kurdoirani Mahsa Amini desbordaban las calles, un mensaje de texto le informó de la muerte de su mejor amigo, Mohammad. Al recibir la noticia, Shariar fue al hospital y preguntó por él. Nadie quiso informarle, así que el hermano se dirigió a la morgue del centro, rompió el cristal de la entrada, entró, y encontró el cuerpo entre decenas de cadáveres acumulados. Lo cogió y se lo llevó a casa. En una foto que muestra su hermana en el móvil se ve a Shariar sentado en el suelo de una habitación frente a un bulo envuelto en una sábana blanca.

“Lo quería entregar a sus padres. Sentía que se lo debía”, explica Asrin. A continuación, una cadena de acontecimientos terminó con la vida de Shariar y desembocó en el exilio de Asrin. “Una noche, mi hermano huía en coche después de participar en las protestas. Las fuerzas de la Guardia Revolucionaria (CGRI) empezaron a seguirle y a dispararle a los neumáticos. Perdió el control y chocó contra una pared. Varios coches le rodearon y empezaron a dispararle. Murió en el hospital horas más tarde”. Tenía 28 años.

El seísmo social que supuso en Irán el estallido a finales de 2022 del movimiento surgido tras la muerte de Amini, ha tenido a lo largo del último año una respuesta implacable del régimen. Hoy, la represión continúa contra quienes se resisten a callar. El exilio, a través de la ruta que conduce por el noroeste hacia el Kurdistán iraquí, se convierte en la única salida frente a la persecución, la cárcel y la muerte.

Cuando faltaban pocos días para el aniversario de la muerte de Shariar, ocurrida el 18 de noviembre de 2022, Asrin empezó a planear la ceremonia para honrar su memoria. Ese día se encontraba en el interior de una copistería esperando el póster que llevaría al cementerio. De pronto, dos



Alireza Babaei y Sohrab Rahmati. / Z. M.

hombres vestidos de paisano entraron en la tienda y le exigieron el móvil y el bolso. “Me sacaron de la tienda a rastras y me metieron en un coche. El hombre que se sentó a mi lado empezó a besarme y a tocarme”, recuerda Asrin con una rabia manifiesta. “Empecé a gritar y abrí la puerta del coche para lanzarme. Solo pensaba en morir. Entonces pararon el coche, me esposaron y me taparon los ojos con una prenda de ropa. Me presionaron con fuerza la cabeza entre las piernas y empezaron a darme golpes en la espalda”, recuerda.

El infierno del viaje continuó en el centro de detención adonde la condujeron. Allí, varios agentes la encerraron en una sala y empezaron a pegarle. “No solo me dieron golpes por todo el cuerpo. Me acercaron una plancha caliente y me quemaron la muñeca y el bra-

zo”, cuenta, agobiada. “Por la mañana me mandaron a casa sin móvil y me ordenaron que regresara para acudir a una vista con el juez”. El siguiente paso que dio Asrin fue organizar su huida con la ayuda de contactos. Estuvo escondida 24 horas, hasta que un vehículo la llevó hasta la frontera. Ahora, semanas después, trata de recuperarse en un refugio seguro fuera de Irán.

Persecución en el exterior

Aunque el exilio supone acceder a un lugar menos peligroso, Teherán mantiene una red de agentes y sicarios en el exterior. El 16 de noviembre, el conocido abogado iraní Sohrab Rahmati volvía de su clase de karate. Al entrar a casa, alguien le puso una pistola en la cabeza. “Reaccioné rápido y le hice una llave para retorcerle el brazo, pero él disparó y dos balas me



perforaron el abdomen”, explica en un lugar escondido de Irak. Desde entonces, cambia de sitio cada pocos días, con sus hijos y su esposa. Rahmati dejó Irán hace años. Desde 2017 se ha encargado de una decena de casos de exiliados a los que Teherán ha intentado matar o secuestrar.

Con 21 años, a Alireza Babaei se le ha terminado la juventud. Los últimos meses los ha pasado solo intentando encontrar un sitio donde dormir y un trabajo para subsistir. Antes, vivía junto a su familia en Sanandaj (Irán), estudiaba en la universidad y asistía a manifestaciones. Cuando el caso de Amini estalló, su activismo fue a más. “La policía vino a casa y confiscó el móvil de mi madre. Le preguntaron dónde estaba yo y ella dijo que no lo sabía”, explica.

“Una noche, en una manifestación, un agente me disparó con una pistola de perdigones en la cabeza. Mira, toca”, dice, y se acerca el dedo hasta un pequeño bulto que sobresale visiblemente en la frente. Hace seis meses cruzó los Montes Zagros hasta el Kurdistán iraquí para salvar la vida.

Lo que Hemn Khastan recuerda hoy con mayor ansiedad de su periodo de detención de 25 días fue cuando su interrogador le dijo que se lo llevaban al funeral de su padre. Era mentira. Su padre seguía vivo, pero esa frase le destrozó. “Me habían esposado, tapado la cabeza y sentado de cara a la pared. Me obligaron a desnudarme y a vestirme de nuevo. Después, me encerraron en una celda abarrotada”, explica, añadiendo cómo antes de ser encerrado le ofrecieron trabajar como colaborador del régimen. Cuando se negó, le pusieron encima de la mesa la acusación que pesaba sobre él: actividad criminal contra el Líder Supremo y contra la República Islámica, cargos muy graves. “Me dijeron que si quería salir de la cárcel hasta el juicio debía pagar una fianza. Una vez en la calle no me dejaron en paz”. Hemn era miembro de un grupo ambientalista en el Kurdistán y participaba desde hace años en las manifestaciones en esta región, estigmatizada y más pauperizada que otras zonas del país. “Vinieron a casa y me acusaron de pertenecer al partido kurdo opositor Komala, lo que es falso”, asegura.

Un abogado exiliado cambia de sitio cada pocos días, con sus hijos y su esposa

Una mujer acosada y maltratada intenta recuperarse en un refugio seguro